

Un fotograma del documental *Oracle*.

El artista mexicano Yoshua Okón se adentra en el furor estéril de grupos de civiles que patrullan el desierto de EE UU contra los migrantes

“¡Llévenselos al sur!”

PABLO DE LLANO, México
En función del contexto, una bandera —hasta la de Estados Unidos— puede resultar ridícula. El artista Yoshua Okón (México DF, 1970) lo ha logrado con un grupo de milicianos antimigrantes que en el verano de 2014 orquestaron protestas contra la llegada de niños centroamericanos y a la primavera siguiente aceptaron recrear para el autor sus acciones del año anterior. El resultado es un híbrido de documental y autoparodia (inconsciente) titulado *Oracle*.

La obra se expone en cuatro vídeos alternos en una sala del ASU Art Museum de Arizona, Estado fronterizo con México en el que se encuentra el pueblo de Oracle, donde Okón localizó a los protagonistas de su vídeo y cuyo nombre es el mismo que el de una compañía trasnacional de *software* que empezó haciendo programas para la CIA, que a

su vez —recodos de la obra— es la agencia con la que United Fruit Company apoyó en 1954 el golpe de Estado contra el Gobierno progresista de Jacobo Arbenz en Guatemala, país de origen de muchos de los niños que según los milicianos estaban ahora “invadiendo” Estados Unidos.

Jugando con esa ironía, Okón comienza el vídeo con un coro de nueve niños guatemaltecos recluidos en un centro para menores de la propia localidad de Oracle cantando el himno conquistador de la Marina de EE UU con su primera línea literal y las demás inventadas *ad*

hoc: “De los palacios de Moctezuma / a las junglas de Ixcán / invaden a países / destruyendo el tejido social. / La United Fruit Company / y la CIA / invadieron Guatemala / y por eso estamos aquí”.

Para el artista, los patriotas de Oracle son individuos provincianos aferrados a una idea de nación que hace tiempo que fue superada por las dinámicas trasnacionales. Paradójicamente su anacrónico furor patriótico los emparenta de manera indirecta, como marginales ignorados por el sistema, con los menores que huyen de la miseria de los países paria de la globalización. “Esos tipos en último término son víctimas de las mismas fuerzas de las que son víctimas los niños de Guatemala, y sin embargo lo canalizan por el nacionalismo y convierten a los niños en sus enemigos”, razona Okón.

Las acciones que el artista le pide recrear a los fanáticos de la

frontera los exhiben como xenófobos pero también como personajes lastimosos. En un fragmento del vídeo un expolicía sesentañero conduce su camioneta en círculos haciendo sonar la bocina y pegando balazos al aire por la ventana, todo ello sin propósito alguno, sin diana, en medio del desierto, como una metáfora de la inutilidad de su lucha. A medida que da vueltas el señor resolla cada vez más pero no deja de emitir una media carcajada obcecada; y luego más balazos, ahora con metralleta, y un *yihaaaa* de vaquero de chiste cuyas radicales convicciones no influyen en nada pero al menos levantan polvo.

Fronteras y país

“Yo amo a mi país”, dice entre ahogos, “... los Estados Unidos de América... Y no me gusta... lo que le está pasando... Lo que está permitiendo el Gobierno... acabando con nuestras fronteras... dejando entrar a toda esa gente ilegalmente”.

Otra toma: una pista de tierra, viento soplando. Al fondo asoman unas banderas que a lo lejos se ven pequeñitas, agitándose como ridiculeces diminutas pero tenaces, acercándose, ganando tamaño, hasta que se ve también a los hombrecillos que las vienen portando, con sus viseras de granjero hacendoso y sus carteles de “Stop a la Invasión”. Más adelante tres milicianos fijan entre unas rocas la enseña de Estados Unidos. De fondo se oye el zumbido de una mosca, lo que vuelve irrisoria una escena que en teoría debía imitar la gloriosa imagen de los soldados que izaron la bandera de las barras y las estrellas entre los restos de la batalla de Iwo Jima.

El colmo de lo obtuso llega cuando los manifestantes aparecen en un camino sentados en sillas soltando imprecaciones contra los “ilegales” y en un momento determinado se escucha a uno de ellos decir en perfecto español: “¡Llévenselos al sur!”. Es el grito de un mexicano que ha conseguido los papeles y está dispuesto a defender a Estados Unidos de los que vienen de abajo.

Literatura y poesía reviven en la feria del libro de Lima

Autores peruanos residentes en el exterior se unen en este evento

JACQUELINE FOWKS, Lima
La vigésima Feria Internacional del Libro (FIL) coincide con la época en que decenas de escritores peruanos residentes en el extranjero, la mayoría académicos, usan las vacaciones del hemisferio norte para una parada literaria en su país. Ese es el caso del narrador Carlos Yushimito, quien en la noche del martes presentó el libro-objeto *Rizoma*, tres cuentos acoplados a tres serigrafías en plata, cian y magenta preparadas por la artista plástica boliviana Daniela Rico, quien plasma los monstruos y

zombis del universo narrativo del escritor.

“Son cuentos que acaban con la destrucción apocalíptica”, describió Yushimito, acerca de las historias reunidas en *Rizoma* —publicadas antes en tres libros diferentes— y que tienen en común un relato que abandona el realismo y se convierte en fantástico, para satirizar la corrupción, la violencia, la falta de solidaridad o los desequilibrios de la racionalidad neoliberal.

El cuento que da título al libro, “alude a la patata: los rizomas son una arbitrariedad de la

naturaleza que hace que no tengan un centro. En la historia, una variedad de patata (huayro) preparada según la comida molecular convierte a los limeños en zombis, llamados cinocéfalos, que son seres mitológicos con cabeza de perro”, comentó Yushimito en respuesta a Julio Villanueva Chang, escritor peruano y director de la revista *Etiqueta Negra*.

Villanueva, acompañado en la presentación por el editor Antonio Vera y el ilustrador boliviano Marco Tóxico —del equipo de Perra Gráfica— destacó la na-



Carlos Yushimito, autor peruano.

rrativa de Yushimito por “la virtud de sus cuentos de atmósfera, sus títulos cortos, finales sorprendentes y nombres que son homenaje a la obra de otros escritores”.

El tercer día de la FIL, el domingo 19, ha sido hasta el mo-

mento el pico en ventas, comentan los vendedores disimulando una sonrisa; y los lectores y visitantes ven más concurrencia que en ediciones anteriores.

El área, comparado con la Feria de 2014, se ha incrementado de 13.000 a 15.000 metros cuadrados en el distrito de Jesús María. “Este año he comprado más libros de literatura y poesía que nunca. La encuentro más fuerte que otros años: aunque duelen los pies y el bolsillo ¡es todo un placer!”, ha comentado la historiadora y profesora peruana en la Universidad de California, Cecilia Méndez.

Un indicador de la cantidad de público del sábado fue la presentación de la novela autobiográfica del peruano Renato Cisneros, *La distancia que nos separa*: los asistentes hicieron cola más de una hora intentando entrar al auditorio más amplio de la FIL cuando ya estaba lleno.